

“ porque está adherida al mundo y á los mundanos; sus ministros no son legítimos porque están instituidos por hombres del mundo; por eso en los ungidos de Cristo, que se denominan superintendentes de las iglesias, abundan deseos y pasiones criminales, codicia de las cosas terrestres, de que necesitan estando adheridos al mundo; y de allí que no se vea más que hastío, disensiones, orgullo, codicia, envidia, en los que deben poseer la paz de Dios. La Iglesia se encuentra tan mal, porque los que deben servirla no se cuidan sino de los intereses de la tierra; porque sometidos al emperador no hacen sino lo que á éste agrada; porque sirviendo al Estado y al príncipe permanecen extraños á la Iglesia.”<sup>1</sup>

Pero desde el momento en que ningún eclesiástico pudiera ser investido por un laico, cesarían el homenaje y juramento feudales, y los principados eclesiásticos habían de desligarse del Imperio; sus poseedores no serían ya vasallos del rey y terminaba para ellos la obligación de prestar al monarca los debidos servicios por los territorios que les hubiese cedido. Enrique IV, apretado á la sazón por la formidable rebeldía de los sajones, se inclinó, mal de su grado, ante las decisiones de Roma; aparentando sumisión y amor á la paz, y urgido por los ruegos de su madre la emperatriz Inés, se mostró dispuesto á entrar en negociaciones con el pontífice. Y era solamente un respiro para apercibirse á una resistencia obstinada y abierta.

Grandes y repetidos triunfos, alcanzados por las armas de Enrique durante el otoño de 1075, rindieron al fin el levantamiento de Sajonia y afirmaron en sus sienes la mal ceñida corona; con la victoria se modificaba su actitud frente á frente del papado, y se abría anchísima senda al desarrollo del sistema absolutista á que había aspirado constantemente. Rompió las negociaciones iniciadas con la corte de Roma, y lejos de ceder se manifestó decidido á reconquistar todo lo que en otro tiempo había correspondido al trono, y dar al poder real mayor y más enérgico ensanche. “ Así—dice el historiador Prutz—en vez de limitar el derecho de las investiduras, que tanto molestaba á la Iglesia, Enrique trató de reclamarlo y de usarlo en puntos donde antes no se ejercitara. De la misma manera que trató á los sajones, obligándoles á restituirle todo aquello que le fué arrebatado durante su menoridad, quiso tratar á la Iglesia Romana, pretendiendo recobrar lo que había

<sup>1</sup> C. Cantú, *Historia Universal*, tomo III, pág. 582, edición de París 1881.

“ perdido la política alemana cuando el cisma entre Honorio II y Alejandro II, á fin de tener otra vez sumiso al pontificado, y apartar á la Iglesia de la influencia del partido reformista, hostil á la monarquía. Cualesquiera que fuesen los proyectos que para lo porvenir acariciaba Gregorio VII, lo cierto es que Enrique, desentendiéndose de los esfuerzos hasta entonces hechos para llegar á una pacífica inteligencia, fué quien realizó el primer acto de hostilidad, quien cometió la primera agresión.” Sucedió así, en efecto: el emperador envió varios agentes suyos á Italia, con la misión de suscitar enemigos por doquiera al papa Gregorio; los obispos lombardos—adversarios de las reformas—aprovecharon la oportunidad que se les ofrecía de sacudir el yugo, y se unieron á los plenipotenciarios alemanes, secundándoles con todo su poder; el monarca cubrió con hechuras suyas los obispados vacantes de Bamberg, Spoleto y Fermo; y por último, Cencio, prefecto de Roma, quizás de acuerdo con la corte de Alemania, fué el alma de una gran conjuración que estalló al fin la noche misma de la Natividad (1075). Seguido de armada turba entró en la iglesia de San Pedro donde á la sazón oficiaba el pontífice, le arrancó del altar y le arrastró, tirándole de los cabellos, hasta una fortaleza de la cual le sacó á poco el pueblo romano, llevándole en triunfo hasta el palacio de los papas en Letrán.<sup>1</sup>

Casi al mismo tiempo (Enero de 1076), presentábase á Enrique IV un legado del papa, intimándole en nombre de éste á comparecer en Roma para que justificara su conducta, particularmente en el asunto de la provisión de obispados vacantes. Al cabo de tres años Gregorio VII repetía la imperiosa intimación de Alejandro II, pero esta vez el papado se dirigía al monarca engreído con sus recientes victorias y dueño, en el momento, de toda la plenitud de su poder. Ardiendo en ira, Enrique reunió bajo su presidencia un concilio de prelados alemanes en la ciudad imperial de Worms, el cual decretó la deposición del pontífice. El mismo monarca notificó esta resolución en la siguiente carta:

“ Enrique, Rey, no por la violencia sino por la santa voluntad de

<sup>1</sup> “ El pueblo, que veneraba en Gregorio á su representante, se sublevó unánimemente, asaltó la fortaleza, lo puso en libertad, y en brazos lo llevó á terminar por la noche la misa que había sido interrumpida al alba. Cencio no hubiera escapado con bien, si Gregorio con un magnánimo perdón no hubiese demostrado cuán superior era el hombre del pueblo al de la espada.” [Cantú, *Hist. Universal*, tomo III, pág. 587, edición de París, 1881.] Los autores alemanes, en general, no mencionan este rasgo magnánimo de Gregorio VII. Véase la *Historia de Gregorio VII*, de Mr. Villemain.

“Dios, á Hildebrando no Papa, sino falso monje. Mereces este saludo por el desorden que introduces en la Iglesia; has hollado con tu planta á sus ministros, como si fuesen esclavos, y así has ganado el favor del vulgo. Lo hemos tolerado algún tiempo, porque era deber nuestro conservar el honor de la Santa Sede; pero nuestra reserva te ha parecido miedo, y te ha hecho audaz hasta el punto de elevarte sobre la dignidad real, y amenazarnos con quitárnosla, como si tú nos la hubieras dado. Has empleado intrigas y fraudes que maldecidos sean; has buscado el favor con ayuda del dinero, la fuerza de las armas con ayuda del favor; y con la fuerza has conquistado la cátedra de paz, de donde has arrojado esa misma paz. Tú, subalterno, te has alzado contra lo que se hallaba establecido, pues San Pedro, verdadero Papa, dijo: *Temed á Dios, honrad al Rey*; pero tú, que no temes á Dios, no me honras á mí que soy su delegado. Baja, pues, de ese puesto ó sé excomulgado: ve á sufrir en las cárceles nuestro juicio y el de los obispos; descende de esa cátedra que has usurpado; yo, Enrique, y todos nuestros obispos te lo intimamos: ¡Abajo! ¡abajo!”

A esta brusca agresión respondió Gregorio VII excomulgando á Enrique (22 de Febrero de 1076), destituyéndole de las dignidades imperial y real, y dispensando á los súbditos de éste de sus juramentos de fidelidad y obediencia. La voz del papa resonó en Alemania con el fragor del trueno, y á su poderoso acento todos los elementos de oposición al emperador recobraron la energía que acababan de perder. Levantáronse de nuevo los sajones; rebeláronse en el Sur del imperio Rodolfo de Suabia, el inquieto duque Welfo, los Zähringen y otros poderosos magnates; la Franconia corrió á las armas; las provincias del Alto Rhin que en otro tiempo dieron asilo y favor al monarca, volviéronse esta vez en su daño, y por todos los ámbitos de Alemania se aprestaban príncipes y pueblos á desconocer al hombre marcado con el sello espantable del anatema. Una junta de los principales señores alemanes, celebrada en Tribur con asistencia de los legados pontificios, quiso deponerle, pero la intervención de Hugo, abad de Cluny, y de algunos obispos reformistas, y sobre todo, los ruegos de las emperatrices Inés y Berta, conjuraron en aquel entonces ese peligro. Quedó, no obstante, acordado que se reuniera una dieta en Augsburgo bajo la presidencia de Gregorio VII, á fin de que sus decisiones terminasen la lucha que dividían al emperador y los príncipes; entretanto, Enrique debía

apartar de sí á sus consejeros íntimos y á los obispos que le eran adictos, licenciar su ejército, y vivir como particular en Espira; y si al cabo de un año no hubiese alcanzado el perdón de la Iglesia, quedaría destituido y se elegiría nuevo emperador.

Enrique pretendió desde luego contrastar la desatada tempestad que amenazaba destruirle, pero pronto hubo de convencerse de la impotencia de sus esfuerzos, y resolviéndose á implorar la gracia del airado pontífice se dispuso á marchar hasta el centro de Italia. De esta suerte esperaba impedir la temida reunión de la dieta de Augsburgo y desarmar á muchos de sus poderosos enemigos. Llevando consigo á su esposa Berta y á su tierno hijo Conrado, y acompañado de humilde séquito, se puso en camino (Diciembre de 1076), á pesar del crudísimo invierno, y después de largos rodeos para evitar el encuentro de los bávaros sublevados, pudo llegar á las gargantas del Monte-Cenis.

Terrible fué aquel invierno. La mísera comitiva imperial cruzó los Alpes azotada por la nieve, y los recios aquilones la empujaban en su descenso por los ásperos desfiladeros que rematan en las llanuras de la Alta Italia, risueñas en otras estaciones, pero heladas á la sazón y extendiéndose cual blanquísimo é interminable sudario. La presencia de Enrique levantó el ánimo de los parciales que habíase ganado en Lombardía, quienes le recibieron con júbilo, ofreciéndole su apoyo para vencer á la curia romana. Grande fué, pues, la sorpresa de aquellos obispos y orgullosos barones al ver rehusados sus auxilios, y al emperador dispuesto á continuar su marcha en busca del pontífice, mas no en actitud vengadora y agresiva, sino cual humillado y contrito penitente.

Gregorio VII, resuelto á presentarse como juez árbitro en la dieta de Augsburgo, se había dirigido, entretanto, á la Alta Italia para entrar luego en las tierras germanas, pero al saber la entusiasta acogida que halló Enrique entre los lombardos, creyó prudente refugiarse al lado de la marquesa Matilde de Toscana,<sup>1</sup> señora de vastísimos dominios en la parte central de la península, y que aparece entonces como la Minerva Palas del pontificado. Muy cerca de Reggio, y sobre una enhi-

<sup>1</sup> Esta princesa, conocida generalmente, aunque con poca exactitud, bajo el nombre de condesa Matilde poseía, además del marquesado de Toscana, como hija del marqués Bonifacio III, Mantua, Parma, Reggio, Plasencia, Ferrara, Módena, una parte de Umbría, el ducado de Spoleto, Verona, y casi toda la región que se llamó luego patrimonio de San Pedro, desde Viterbo hasta Orvieto, con una fracción de la marca de Ancona.

ta y abrupta roca del Apenino alzabase el castillo de Canossa, hoy montón de ruinas cubiertas de yedra: detrás de sus espesos muros se amparó el pontífice, y no tardó en presentarse Enrique IV, llamando á la puerta y pidiendo con instancia ser recibido por Gregorio (25 de Enero de 1077). Pálido, ayuno, con los piés descalzos y en hábito de penitente, á la intemperie durante tres días y tres noches, el emperador de Alemania esperó la decisión papal; cuando ya se disponía á retirarse, Gregorio consintió en recibirle, pues su excesiva dureza fué censurada altamente por los mismos que en aquellos momento le asistían y rodeaban.<sup>1</sup> Enrique se postró llorando á los piés del papa, quien le absolvió con la condición de que se justificase ante una dieta de príncipes y obispos alemanes, cuya sentencia sería ratificada por el mismo pontífice, aunque fuese la de deposición; pactóse también que si el papa se viese obligado á marchar á Alemania con motivo de estas negociaciones, podría hacerlo con toda seguridad y escoltado convenientemente. Después que los dos adversarios comulgaron con la misma hostia, Enrique volvió á sus Estados, dueño otra vez de la corona, pero meditando proyectos de venganza que no tardaría mucho en realizar.

La imponente escena de Canossa hizo inmenso daño á Enrique IV y perjudicó grandemente el prestigio de Gregorio VII: las condiciones que este último acababa de imponer no se compadecían con la primera causa del anatema que había fulminado contra el monarca teutón, y revelaban su vasto y ambicioso pensamiento de dominación universal, ejercida por el pontificado. El hijo del carpintero de Soano, mirando rendido á sus piés al más poderoso de los reyes cristianos, pudo creer que ningún obstáculo se opondría ya á sus atrevidos proyectos, y quizás sintió entonces el vértigo de las grandezas humanas.

[Concluirá.]

JULIO ZÁRATE.

<sup>1</sup> Gregorio VII describe esta escena en su Epístola VI, 12: "Después de haberle reprendido fuertemente por sus excesos, vino á Canossa con una pequeña escolta, como persona que no piensa en nada malo. Aquí permaneció tres días delante de la puerta, en un estado que daba lástima, despojado del aparato regio, descalzo, vestido de lana, invocando con lágrimas el auxilio y el consuelo de la misericordia apostólica, tanto que cuantas personas que estaban presentes y le oyeron hablar, se movieron á compasión é intercedieron con nos, maravillados de la inaudita aspereza de nuestro corazón. Algunos exclamaron que aquello no era ya severidad apostólica, sino dureza de fiero tirano; por lo cual, dejándonos ablandar por su arrepentimiento y por las súplicas de los circunstantes, rompimos el lazo del anatema, recibiéndonle en la comunión de la Santa Madre Iglesia."

## TOPONOMATOTECNIA NAHOA.

### III

#### CONCORDANCIA DE LOS ACCIDENTES TOPOGRAFICOS Y LOS NOMBRES DE LUGAR

No siempre será fácil para el etimologista encontrar sobre el terreno la concordancia entre los elementos del nombre de una localidad y los caracteres fisiográficos que han servido de base para imponer la denominación: posible será que estos caracteres hayan desaparecido, ya por efecto del desmonte que destruye bosques enteros de familias vegetales que antes daban al lugar una fisonomía particular, ya por razón de la caza que ejercida desatentadamente sobre ciertas especies animales sea factor importantísimo de su extinción ó por lo menos de su alejamiento de las comarcas en que antes habían prevalecido. Los caracteres topográficos y los hidrográficos son los más persistentes, los menos sujetos á vicisitudes, y sin embargo no siempre vienen á reflejarse como en una cámara oscura en la onomástica geográfica. Algunas de las antiguas poblaciones, conservando su primitiva apelación han cambiado su asiento de las alturas al fondo de los valles, y en ciertos casos han sido por decirlo así trasplantadas á grandes distancias de su origen. Uno de los pueblos ó barrios que circundan la ciudad de Cuernavaca lleva el nombre de *Amatitlán*, que significa "lugar situado entre los amates" y aunque no es extraño encontrar el *amate* (*ficus Benjamina*) en aquellos sitios, sin embargo, el barrio de que venimos hablando no se llamó así originariamente. "El antiguo pueblo de Amatitlán—dice el diligente onomatologista Lic. Don Cecilio A. Robelo—estaba enclavado en los campos de la hacienda de San Vicente, y uno de los antiguos dueños de este ingenio compró los terrenos del pueblo é indemnizó á los habitantes dándoles los que hoy forman el nuevo pueblo, al cual le dieron el nombre del que abandonaban."<sup>1</sup>

De estos cambios en la radicación de las poblaciones indígenas hay buen número de ejemplos, y en tales casos el etimologista tiene que

<sup>1</sup> Nombres geográficos mexicanos del Estado de Morelos, pág. 7.